

América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI

por Adrián Sotelo Valencia. Plaza y Valdes, México (2005), 254 páginas.

Carlos Mallorquin Suzarte

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Habría que preguntarse el por qué y el para qué leer el libro. Varias reflexiones podrían sustentar la importancia de leer y discutir el libro de Adrián. Una de ellas plantearía que hace posible evaluar y tomar decisiones estratégicas en materia de política económica, por lo menos alternativas a la propuesta por el libro. Otra igualmente importante supone a su vez como trascendental el hecho de conocer la historia del pensamiento latinoamericano para poder construir alternativas sociales para enfrentar nuestros problemas sociales y políticos actuales y así, tal vez ayudarnos a no repetir algunas de sus equivocaciones en materia de estrategia política.

El libro presenta, la confluencia de una gran variedad de discursos que hicieron posible lo que se llamó la “teoría de la dependencia”, que el autor insiste debe recuperarse pero bajo una de sus vertientes que denomina como marxista. También es una fuente invaluable para conocer una serie de concepciones teóricas sobre la conformación de nuestras sociedades así como de su evolución, y que hoy desafortunadamente, difícilmente son conocidas por las jóvenes generaciones.

Además de ser útil porque nos presenta el panorama teórico de posguerra sobre las concepciones de lo social, rescatando a los teóricos latinoamericanos más renombrados, lo hace recuperando y evocando toda

esa multitud de sonidos y ruidos muy específicos de los años cincuenta, sesenta y setenta, es decir, su cacofonía muy particular. O sea, lo realiza a manera de un ventrilocuo, dejando que la época y sus textos hablen a través de su pluma, estrategia contrastante, con la pulcritud y asepsia discursiva que encontramos en la presentación que realizan los profesores Cristobal Kay (*Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, London, 1989) y Jaime Osorio (*Las dos caras del espejo, ruptura y continuidad en la sociología Latinoamericana*, Triana Editores, México 1995) en sus respectivos libros sobre temas afines que discutimos, sin demérito para ninguno.

También de importancia es que el libro nos incita constantemente a que examinemos nuestro vocabulario teórico y repensemos las actuales políticas económicas a las cuales que nos tiene acostumbrados nuestros gobiernos hasta recientemente, con algunas excepciones.

Es cierto que el autor pone énfasis en una vertiente que llama “teoría marxista de la dependencia”, sobre algo que volveremos más adelante, pero por lo pronto, lo importante es resaltar el historial teórico que se describió y que aparentemente culmina en dicha corriente teórica. Por lo tanto vemos que después de una “Introducción” y un breve primer capítulo (Teoría y realidad en el pensamiento social latinoamericano”), le sigue otro cuya extensión (“Paradigmas y corrientes teóricas del pensamiento latinoamericano, 1950-2005) supera en páginas a la suma de los capítulos restantes del libro y donde encontramos una gran variedad de paradigmas o corrientes teóricas que se presentan a partir de las ideas de W. Rostow sobre el desarrollo del capitalismo; igualmente la presencia de la noción del dualismo estructural tradicional tanto en su versión más tradicional y cercana al evolucionismo de J. Lambert, así como la que aparece en la obra de A. Quijano; también las concepciones

de G. Germani sobre la evolución y cambio de nuestras sociedades, y no podía faltar el desarrollismo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y sus medios hermanos que se tipifican como el “neodesarrollismo” y lo que el autor denomina como “endogenismo”, para observar a vuelo de pájaro, lo que se llama el “neogramscianismo de izquierda” y de “derecha”; y finalmente presentar la derrota de gran parte de dichas posturas por parte de la embestida neoliberal en la década de los años ochenta y el resurgimiento de ideas cepalinas sobre el desarrollo, denominadas por sus actores más importantes como “neoestructuralismo”.

En el transcurso del capítulo pocas son las concepciones teóricas que quedan bien libradas, tanto la corriente “posmodernista”, la “poscolonialista”, así como el “pospoccidentalismo” llevan el estigma de desconocer la “heterogeneidad” del pensamiento latinoamericano, incluso el “sistema mundo” de I. Wallerstein que parecería estar cercano a la concepción del capitalismo mundial sustentada por A. Sotelo, solamente podría servir a la “teoría marxista de la dependencia” (TMD) como un fuente de “intercambios” de sus conocimientos valiosos (p. 156), pero sin desviarla de sus objetivos teóricos centrales.

El tercer capítulo (“Crisis teórica: neoliberalismo y globalización”) da por sentado que la crisis teórica y política en América Latina se debe a la apabullante hegemonía del pensamiento neoliberal, lo cual nos conduce al cuarto capítulo (“Surgimiento y estructura de la TMD”) donde el rescate de la teoría marxista de la dependencia aparece como una de las fuentes más importantes para superar dicha crisis. Pero dado la variedad de autores que en algún periodo de su existencia se denominaron “dependentistas”, aquí el autor se concentra en aquellos aspectos teóricos y las paternidades conceptuales de la vertiente que se

denominaría marxista en contraste con otras versiones por la misma época, cuyos parentescos serían otros.

En el quinto capítulo (“El horizonte de la teoría de la dependencia en el siglo XXI: crisis, paradigmas y valoraciones”) vemos que el héroe intelectual más importante de esta corriente es Ruy Mauro Marini. Aquí Sotelo se dedica a puntualizar interpretaciones erróneas y de mala fe por algunos de sus críticos. No obstante, y con las consabidas consecuencias negativas de sintetizar algo imposible, diríamos que lo que diferencia a Marini de otros dependentistas es el uso o la construcción (a lo cual volveremos más adelante) del concepto de Marx sobre la “superexplotación del trabajo”, o “superplusvalía”. Finalmente en las “conclusiones” el autor nos invita a repensar la teoría de la dependencia marxista y ha regenerar otras perspectivas e ideas que nos podrían liberar de la globalización neoliberal imperante.

Pero si inicialmente hablamos sobre el vocabulario que el libro presenta, también con ello se resucitan problemas teóricos que no quedaron resueltos. La propia idea de la contraposición entre “reforma” y “revolución” o anti-capitalismo, -para entrar ya en aspectos de una crítica- reiteran viejas dicotomías que no permiten plantearnos claramente un proyecto político social inclusivo.

Las formidables críticas al funcionalismo y a otras corrientes teóricas se olvidan cuando son recuperadas cuando se plantea que el capitalismo se reproduce mundialmente sin impedimento alguno, y se presume que la globalización es en los hechos una realidad.

Cuestiona una gran serie de concepciones por su aparente “eclecticismo”, lo cual supone que la reforma de la “teoría marxista de la dependencia” puede realizarse sin la incorporación de conceptos de otros

discursos. Acaso no tenemos que superar a Marx en todo esto? No existen acaso otras fuentes de inspiración socialista?

Creo que la propia historia teórico política que se nos presentó es fiel reflejo del hecho de que las luchas sociales no se darán de manera sistemática por agentes sociales o actores sociales preconstituidos, y que su conformación es parte de un proyecto político que luche contra las desigualdades del capitalismo.

Finalmente el problema central en el libro es la recuperación del concepto de la “superexplotación del trabajo”, porque *una* lectura posible de Marx dice que ese fenómeno es solamente pasajero, ya que las propias tendencias de igualación de la tasa de ganancias lo eliminaría; pero por lo dicho anteriormente, acaso debemos tomar dicho concepto como aparenta cierta lectura de Marx? No en lo absoluto, que fue precisamente que hizo Marini: cuestionó esa noción y la interpretó a su manera, pero entonces ya no podemos defender, ni sostener las herramientas conceptuales de la economía política clásica y esos elementos denominados bajo el rubro de la “superexplotación” se convierten en aspectos de ciertas relaciones sociales contra los cuales debemos luchar. Esto supone a su vez que no haya *sistema* en sí, y que las condiciones de existencia de las relaciones sociales, no pueden generalizarse como supondría la concepción del valor en Marx, o la economía política clásica, por lo cual la reforma de las condiciones sociales en que trabajan las mujeres y los hombres son posibles de transformación en sus *locus* específicos.

La noción de “sistema” como una totalidad organizada, al igual que en el funcionalismo, es lo que debe cuestionarse. Ello hace posible proponer una diversidad de estrategias para limitar el uso del dinero- (unidad de cuenta), para producir efectos sociales específicos: reducir su

radio de acción. El dinero no tiene una función de representación, ya sea el del “trabajo” o el de las “utilidades subjetivas” como en la teoría marginal. La unidad de cuenta (el dionero) y su “valor” es producto de una serie de instancias y de poder, lo cual supone una política de estado para regularla.

Es en este sentido que yo asumo plenamente lo dicho por Sotelo cuando dice:

“La fuerza de la teoría renovada y puesta al servicio de los pueblos y de la ciencia es el único camino que permite construir colectivamente un nuevo orden económico social y humano mundial, sin explotación”. (p.321), pero creo que debemos en parte estar dispuestos a volver a los textos clásicos de algunos de nuestros maestros latinoamericanos, lo cual no significa “retroceder”, y proponer la propia superación de los mismos (a la imagen de Hegel) por medio de nuestra reflexión y nuestras condiciones de existencia muy particulares.